

César Pérez Gracia

Lucientes en San Gil

En apenas cinco minutos saludo a Pachi Asín y a Pepe Melero en la puerta de la iglesia de San Gil. El librero anticuario Asín se recluye en su despacho, su oficina de Plantino, para hacer la ficha de algún incunable. Quizá un Tito Livio de Coci. Melero se dirige a uno de sus múltiples avatares, comprar un Braulio Foz macerado en orín de gato, algún disco de Raimundo Lanas, o un botijo ibérico de Rodén. En la administración de Lotería se ve una larga fila para comprar décimos de navidad.

Sobre las ruinas del Teatro romano se levantó el Palacio Zaporta, cuyo patio estuvo en los muelles del Sena, hasta que Julián Gállego dio el soplo y el mecenas Siniués lo compró a un anticuario de París. El profesor Gállego me descubrió en su día, la preciosa sacristía dieciochesca de San Gil. La atmósfera de la Junta de Filipinas del Museo de Agen. El padre de JG, nacido en 1856, cerca de Riglos, fue militar en las Filipinas. José Gállego Auseré.

A media tarde he dado una vuelta por los jardines del Castillo de la Almozara o del Portillo. La Aljafería va a alojar durante unos meses, el Museo Lucientes, debido a las obras del Museo Provincial. El cuadro más valioso puede que sea el retrato del Duque de San Carlos, del que Rosales, camino de Panticosa, hizo el elogio máximo. Nadie volverá a pintar así.

El cuadro estaba entonces en la Casa del Canal, en la plaza de Santa Cruz. El duque posa más chulo que un ocho, farruco y cegallosco. Dicen que murió desnucado por un caballo de malas pulgas. El joven Marías ocupó su mismo asiento en la RAE.

Que yo sepa nadie ha contado la razón de que ese lienzo fuese un encargo zaragozano. El duque fanfarrón estuvo casado con la condesa de Fuenclara, cuyo ostentoso palacio sigue en pie, habitado por fantasmas. Los Fuenclara fueron virreyes de México o Nueva España.

Lucientes, usó una fórmula curiosa, Cesaraugustano, pintor del Rey, para firmar su cuadro de la catedral de Sevilla en 1817. A los cinco años, 1751, fue confirmado en San Gil (Heraldo, 12 abril 2012). Es el primer documento que existe del niño Lucientes.

LA TRIBUNA | Vicente Calatayud Maldonado

Picaresca y democracia



HERALDO

La picaresca se consolidó como género literario en los siglos XVI y XVII con obras inolvidables como el 'Guzmán de Alfarache' de Mateo Alemán y 'La vida del Buscón llamado don Pablos', de Francisco de Quevedo. Dejó una huella tan duradera en la cultura española que se hace realidad en el siglo XXI, en plena democracia. Y viene con novedosas características acordes con el tiempo: su formato político es el progresista. Surge en un contexto de crisis eco-

nómica, social y moral, como otros fenómenos literarios. Sus temas y personajes resonaron, y resuenan hoy, en las realidades sociales, en los partidos políticos y en los sindicatos llamados de clase, mostrando cómo la astucia y el engaño pueden convertirse en una forma de hacer política: se utiliza el gobierno para el lucro personal o partidista y se presenta al pícaro como un redentor en la lucha por la supervivencia en una sociedad desigual.

El pícaro progresista que habita en el gobierno o en los parlamentos aduce la necesidad de mejorar la democracia constitucional, que no responde a su concepto de progreso (no le importa la elevada legitimidad de su origen). En realidad, ejerce como adulterador de leyes y normas. Todo un sarcasmo.

El pícaro político y sus colaboradores usan su innegable astucia en la confección, muy acabada, de engaños y artimañas para obtener beneficios personales o de grupo, muchas veces en detrimento del bien común o violando normas éticas. Este concepto encaja bien en la literatura picaresca española, que retrata a personajes que sobreviven mediante su ingenio y sus sofisticadas trampas en una sociedad que parece admitir como necesaria cierta condición corrupta en las alturas. Ayer y hoy, la picaresca engloba tácticas de manipulación, oportunismo y corrupción. El pícaro, el gran pícaro, presenta una imagen brillante,alzada sobre un discurso falso con el que ganar apoyo, pero que oculta sus verdaderas intenciones o acciones: ganar. Siempre ganar.

Aprovechando vacíos legales o el desinterés ciudadano, actúa de manera ilícita sin ser detectado o sancionado. Usa recursos públicos para fines personales o partidistas, como el desvío de fondos, los sobornos o el clientelismo. Hace promesas exageradas o imposibles para brillar sobre el resto y apela a las emociones y necesidades inmediatas del ciudadano, sin

que su intención prioritaria sea mejorar la situación. Busca siempre ganar. Con trampas legales o administrativas que distorsionan o reinterpretan la ley (normas electorales, manipulación de contratos públicos, abuso de poder) para obtener ventajas.

Los pícaros de la democracia prometen regularmente mejoras a sabiendas de que no son posibles. En cambio, sí mejoran sin falta a familiares y amigos, con salarios públicos o cuasi públicos y con pedreas de contratos entre aliados a cambio de favores. Menudean el tráfico de influencias y el acceso a recursos o información privilegiada. Y son maestros en crear o exagerar conflictos o escándalos para desviar la atención pública de problemas más serios o para encubrir las faltas propias.

Cuando la picaresca se convierte en algo común, la ciudadanía pierde la confianza no solo en los pícaros, tan abundantes, sino en el sistema democrático que los crea y consiente. El pícaro enfoca su discurso a su supervivencia (señuelos, contraataques, ofensas) y los problemas reales quedan en la neblina.

La picaresca política, cuando es tan omnipresente, distorsiona el ideal democrático, pues corrompe el sentido de servicio público y busca con ardides satisfacer intereses privados, de individuos, grupos o partidos.

Vicente Calatayud Maldonado es catedrático emérito de la Universidad de Zaragoza y académico de la Nacional de Medicina

LA OPINIÓN | Carmelo Marcén Alberó

La DANA de octubre

Han pasado ya unos días de la DANA para que podamos entenderla con la perspectiva del presente futuro. No se trata de ver lo que fue, desastroso y evitable en parte, sino de avanzar si puede ser otra vez. En cualquier catástrofe social adquieren notoriedad personas e instituciones, políticas o no políticas, éticas sociales y olvidos clamorosos. Porque esta no fue una catástrofe natural. En la naturaleza, para la naturaleza, no existen las catástrofes, afectan a cuestiones hidrogeológicas o de biodiversidad. Allí los ritmos no están escritos, se mueven en dimensiones de fuerza y energía en los materiales; el cambio continuo y la interacción entrópica es la única constante.

La variable naturaleza es una parte de los olvidos que somos y seremos. Olvidos de que no está a nuestro servicio sino que nos servimos de ella, que pretendemos domesticarla a nuestra conveniencia, que queremos encauzar sus aguas para que nos sirvan allá donde las necesitamos y en la cantidad que queremos, que miramos

al cielo y hacemos novenas para que llueva, y en otras ocasiones maldecimos las nubes traidoras. ¿Puede ser traidora la naturaleza? Por definición, es imposible, dado que no piensa. Más bien nosotros la hemos traicionado más de una vez; o se nos olvidó aquel susto que nos dio cuando pasó algo no deseado que menoscabó nuestras pretensiones. Ni aun por esas recordamos nuestra fragilidad ante episodios turbulentos, como aquel que sucedió en Biescas y del que casi nadie se acuerda, fuera de quienes perdieron sus afectos, transformados en lamentos.

Nos avisa la ciencia meteorológica, a la cual no debemos olvidar y sí agradecer su mirada atenta, que las DANA serán recurrentes y quizás de gran magnitud. También avisa de que la corriente en chorro ya no es como era. Esta, de movimiento oeste-este y latitudes templadas en altura, se está moviendo por el hemisferio norte de forma diferente. Las masas de aire a baja temperatura se desgajan de ella (de ahí viene lo de 'depresión aislada en niveles altos') y en

su discurrir errático, para nosotros, se encuentran con otras masas de origen mediterráneo calientes y cargadas de humedad. Sobre tierras un poco elevadas, alrededor del Mare Nostrum, colisionan y se produce la hecatombe, siempre social pues se cuenta en personas afectadas y recursos destrozados. Pero nosotros preferimos olvidar aquello que no nos conviene o nos resulta dificultoso. Las llamamos desastres naturales, ni mentar lo del cambio climático antropizado.

En los maratones televisivos, quizás bienintencionados pero en ocasiones reiterativos, han abundado las noticias estrictas con opiniones, con más o menos fundamento, en ocasiones teñidas de rabia. Unas y otras nos muestran agonías, incertidumbres, futuros nublados, etc. Me gustaría que en ellas se hubiese hablado más de la libertad de la naturaleza, de la necesidad de que no entorpecamos tanto sus caminos. Hay que rescatar esos olvidos, porque en ocasiones significan tener memoria. Cuando todos se empeñan en señalar a los responsables, nos preguntamos si no serán los olvidos.

Escribió el poeta Jorge Guillén: «Ya te lo decía yo. / Era imposible el olvido. / Fuimos verdad y

al final quedó». Lo sabrán siempre los damnificados del levante español, pero también las gentes olvidadas en Aragón. Aquellas que en tiempos disfrutaron de las aguas del Matarraña, Bergantes, Huerva, Jalón o Piedra, y otros caudales no permanentes. Son pocos, pero no por eso deben ser olvidados. Para que su lección de sufrimiento nos haga cada vez más solidarios, para que seamos conscientes del respeto debido a las zonas de expansión de los ríos y barrancos. Para que sepan que viviendo en zonas de riesgo hay que extremar protocolos ante eventos graves. Para que no nos empeñemos en reconstruir tal cual todo lo que el agua se llevó. Siempre contarán el antes y después de la riada de octubre de 2024. Aunque es posible que, al menos aquellos que no hemos sido afectados, acumulemos otra vez los olvidos. Máxime si la naturaleza se escapa de nuestras intenciones, por más que sepamos que lo extraordinario también puede ocurrir. En la provincia de Valencia deberían haber tenido recuerdos de las inundaciones de 1957, y varias DANA de hace pocos años. Pero ya lo escribió V. Abad Falcione: «El olvido que somos y seremos».